



Fall

Doux
Toddottir

No se permite la copia de ésta obra, a menos que sea mencionada la autora tanto como el título y contenido completo de la obra.

Para ésto es necesaria la confirmación de la autora y su permiso.

¡Disfrutad!

Con cariño,
Hivern Lillium

Todos los derechos reservados, **Fall**©, Hivern Lillium. 2014

HER END

Se levantó y fue al baño. Se hundió en la repleta tina tratando de que su cabeza sobresaliese un poco.

Luego de darse una buena ducha cepilló sus dientes y se miró al espejo. Su cara estaba demacrada, llena de pecas y su cabello despeinado, casi tan anaranjado como una mandarina. Se sentía tan horrible. Nunca encajaría. Nadie nunca le querría.

Bajó las largas escaleras que formaban un perfecto caracol e hizo algo de ejercicio. Este era el día en el que cumpliría el sueño de su vida.

Morir.

Corrió por las calles, saltó los policías acostados que había, escapó de carros frenando justo en frente de sus ojos y se dejó caer en la arena de la playa, que tanto amaba.

Recordó bueno y malo. Los soles del amanecer y atardecer, también la luna que la acompaña en sus insomnios, tarde en la noche. Todo. Y aún así quiso dejarse llevar por impulsos de una hora; sin que le dieran más tiempo. Tenía miedo de ser libre y de estar encerrada...

Quería no sufrir eso que los mortales llamaban miedo, eso que la acechaba todos los días desde que se despertaba hasta que se dormía, excepto en ese lugar que la mantenía serena y tranquila.

— Amor, es imposible romper barreras sin lastimarte los dedos –le dijeron una vez

Y entonces regresó a su hogar, vacío y sin vida; como ella.

Subió rápidamente hasta la azotea, vio el paisaje, admiró la vista desde los tres pisos que tenía esa su casa vieja y dañada. Luego centró su mirada directo al cielo, hacia dónde ella quería llegar.

— Diles que era feliz y que mi corazón está roto –susurró viendo al cielo, llamando a su amor.

Su amor que se había perdido en el tumultuoso pasado y en el infinito derroche de lágrimas que vino en el futuro, luego de mucho tiempo convenciéndose de que nunca se iría.

Y saltó, cayendo entre las tablas de madera de la guarida amenazadora esa, que había construido con su padre de pequeña cuándo el huracán Katrina. Su suicidio fue casi imposible.

Gracias, papá. Susurraría ella si no estuviese muerta, porque había logrado su cometido.